

Homenaje a Diego Francisco Pró

Celina A. Lértora Mendoza

Sr. Vicedecano de la Facultad de Filosofía y Letras, altas autoridades presentes, colegas profesores, familiares del homenajeado, alumnos, invitados.

Es un placer y un honor compartir este momento de merecido homenaje al Profesor Diego Francisco Pró, siempre deseado y varias veces postergado, por lo que felicito a las Secretarías organizadoras, y en especial a mis colegas Dolores Angélica Gabrielidis y Oscar Santilli por haberme invitado. Me es también muy grato compartir esta mesa con la Dra. Clara Jalif, sucesora y continuadora de sus proyectos y con su hija Silvia; ambas compartimos el afecto por el homenajeado, además del mutuo.

*

Conocí a Pró a fines de la lejana década de los '60. Había terminado mi licenciatura en Filosofía. Me interesaba continuar trabajando en Filosofía Medieval y desde luego había perfeccionado mi latín. El profesor Alberto Moreno nos propuso, a dos graduadas, formar un equipo para estudiar los manuscritos coloniales. Él se especializaba en lógica y en historia de la lógica, por lo tanto, quería saber algo acerca de esta disciplina en la colonia. Fuimos la Prof. Afra Alegria y yo, conseguimos también ayuda de un perito calígrafo. Algunos compañeros que se acercaron, se desinteresaron rápidamente del tema. Elegimos para empezar la *Lógica* de Francisco Sebastiani, un texto corto, de fácil lectura y de contenido sencillo, que estaba a nuestro alcance, en el Archivo General de la Nación. Trabajamos en eso y logramos ubicar algunas pocas referencias bibliográficas sobre la filosofía colonial, casi toda de los años '30 y 40. Revisando qué había en filosofía argentina (en la UCA no había nada, no se dictaba ni se estudiaba) dimos con el pequeño grupo de Mendoza, la Revista *Cuyo* (que no se recibía en la Biblioteca de la Facultad) y el mentor de todo ello, el prof. Pró. Por diversas razones mi compañera abandonó el proyecto y me quedé sola (el perito calígrafo ya había trabajado gratis en el primer manuscrito, no tenía mucho interés en eso tampoco).

Luego de mi primera incursión pública con el tema (en el II Congreso Nacional de Filosofía, 1971) no sabía cómo seguir ni dónde publicar, puesto que *Sapientia* me requería más bien trabajos medievales. Escribí a Pró que me acogió con toda benevolencia e inmediatamente comenzó a publicar mis trabajos de filosofía colonial, que integraron no sólo la revista sino también alguno de sus Cuadernos. Durante varios años sólo me ocupé de ese tema y en realidad no había tenido el propósito de dedicarme a la historia de la filosofía argentina. Si el tema terminó interesándome y a vez con extensión a otros países americanos herederos de España, fue precisamente leyendo *Cuyo* y en especial los trabajos de Pró que remontaban los orígenes de nuestra filosofía a aquellos tiempos que a mí me interesaban especialmente. No podría decir cómo es que fui derivando a trabajar la filosofía del siglo XIX y luego la más reciente. Es difícil reconstruir el detalle, algunas veces circunstancial. Lo cierto es que el tema me fue interesando cada vez más.

Luego de una beca de dos años y medio en España, para perfeccionar la paleografía medieval, a mi regreso en 1980 estaba convencida de la necesidad de continuar con la filosofía americana en toda su extensión, y hacerlo de una manera más socializada, con una asociación. Y así surgió FEPAI (Fundación para el Estudio del Pensamiento Argentino e Iberoamericano) el 21 de septiembre de 1981. Debo decir que Pró siempre aprobó esta idea, incluso participó con trabajos en las primeras Jornadas de Filosofía que comenzamos en 1983. Aunque por aquellos tiempos dejé de escribir

asiduamente en *Cuyo*, como antes, nunca me sentí ajena al proyecto. Por eso también estoy hoy aquí.

*

Creo que las ideas originales de Pró, que él inculcó en su primitivo equipo y en las dos décadas iniciales de *Cuyo*, sufrió una modificación, totalmente lógica, en función de los cambios generacionales (algo que Pró comprendía muy bien) y también temáticos e institucionales. Desde luego fue un paso importante que el Centro se ampliara al pensamiento Americano, era una consecuencia natural de los postulados iniciales del propio Pró. También es comprensible que varias de sus ideas no fueran aplicadas consecuentemente en años posteriores a los 80; también es mi caso. Vinieron otras épocas y otras metodologías, se imponían otros criterios hermenéuticos.

Curiosamente, hoy estamos otra vez de vuelta a algunos conceptos de hace cuarenta y cincuenta años, de la mano de las más actuales hermenéuticas postheideggerianas (el grupo de Gabrielidis lo ha mostrado en su reciente libro). Toca pues, revalorar, desde otra perspectiva, lo que proponía Pró como recaudos metodológicos para construir una historia de la filosofía argentina que fuese, sí, una reconstrucción (más aún, no desdeñaría, creo, aceptar el concepto de reconstrucción racional de Lakatos) pero procurando a la vez la mayor objetividad, en la medida en que ello sea posible.

Me permito entonces dedicar estos minutos que me quedan a trazar un brevísimo panorama de algunos conceptos historiográficos de Pró que hoy deben ser revisitados, lo que precisamente propongo en el congreso que nos ha convocado y que comienza mañana.

Aunque Pró se ha referido incidentalmente a los temas metodológicos en muchos de sus trabajos historiográficos, hay una obra dedicada especialmente a este asunto: *Historia del pensamiento filosófico argentino* (1973). Es una obra relativamente temprana que demuestra el interés metodológico también temprano y explica la presentación historiográfica de su producción posterior. En este libro Pró organiza diversos aspectos del área de interés, aun cuando algunos trabajos tuvieron origen más circunstanciado. El primer capítulo presenta una visión general de los problemas historiográficos de las ideas filosóficas argentinas. A continuación dedica un extenso capítulo (el más largo de todos) a los antecedentes de la historiografía argentina, culminando en el capítulo tercero con una síntesis comparativa y crítica. El capítulo cuarto se dedica a un tema que en aquella época era importante y discutido: los criterios de periodización. Los dos últimos vuelven a las miradas generales que podríamos considerar “filosofía de la historiografía”: balance y perspectiva de nuestra filosofía y el criterio hermenéutico para establecer su continuidad o discontinuidad.

En mi criterio, hay tres propuestas del Prof. Pró que merecen especial atención.

La primera de ellas es la historia de la historiografía como “estado de la cuestión” En el libro mencionado, el segundo capítulo, dedicado a los antecedentes de la historia filosófica argentina, señala que los estudios históricos que investigan el desarrollo de las ideas filosóficas en Argentina no siempre han estado directamente vinculados al quehacer filosófico, sino que se trataba de historias que incluían las creaciones literarias, o las ideas políticas y sociales. Es importante señalar a quiénes Pró considera antecedentes válidos de la historiografía filosófica estricta: Juan María Gutiérrez, Pablo Groussac, Juan Mamerto Garro, Rodolfo Rivarola, José Nicolás Matienzo, José Ingenieros, Juan Chiabra, Alejandro Korn, Belisario Montgero, Coriolano Alberini, Guillermo Furlong, Juan Carlos Probsts, Francisco Romero, Luis Juan Guerrero, Luis Farré, Delfina Varela Domínguez de Ghioldi, Jorge Zamudio Silva, María Ángela Fernández, Ricaurte Soler y Alberto Caturelli. Son veinte autores bastante disímiles en todo sentido, expuestos por orden cronológico de

sus nacimientos (no de su *acmé*) de los cuales los últimos citados vivían todavía cuando Pró hizo este trabajo. Al indicar en forma general a quienes va a referirse, señalando el aumento considerable de interés por el tema a medida que transcurre el siglo XX, observa en nota (1, de p. 43) que no todos realizaron labor historiográfica de carácter filosófico, pues algunos se limitaron al ensayismo, y en varios casos con intermitencia. La presentación de cada uno, descriptiva y sólo muy mesuradamente crítica, constituye una forma de “estado de la cuestión” o “estado del arte” que requiere alguna elaboración teórica ulterior para resultar significativa en relación a un proyecto propio de historiografía filosófica.

Me interesa señalar que este dossier constituye, en sí mismo, lo que Gadamer llamaría la “tradicición” con la que se encuentra Pró al pensar su propio proyecto.

Luego de ese primer paso, propone un “síntesis comparativa”. La primera observación de Pró sobre el dossier presentado, es que los enfoques y los métodos están condicionados por la filosofía de la historia predominante en la época en que vivían los historiadores (1973: 25). Por ello –y no por haber trabajado sobre diversidad de fuentes- difieren las obras de Mitre y López, la de Gutiérrez y Alberini, etc. Por lo tanto, hay que entender a Groussac en el contexto de la historiografía positivista, a Chiabra en la tradición neokantiana, a Furlong en la formación escolástica de su tradición religiosa, y así los demás casos. En conjunto –concluye- sobresalen, por el cúmulo de investigaciones a que han dado lugar, las diferentes formas de historicismo, desde el romántico hasta el espiritualismo cristiano, pasando por el historicismo del positivismo, el idealismo, las tendencias vitalistas y axiológicas (Pro, 1973: 133). Destaco que Pró no se apresura –como a veces sucede- en convalidar o condenar las demás posiciones historiográficas; en general las valora conforme al criterio de aumento en la precisión, rigor del estudio, profundización crítica y conciencia histórica.

La incorporación de la historiografía a la historia filosófica tiene, además, otras implicancias de no menor interés. En primer lugar, que la consideración de la historiografía de un tema no es un alarde de erudición, ni tampoco –en otro sentido- un uso (tal vez abusivo) del “argumento de autoridad” (que los escolásticos consideraban el más débil), sino un elemento del trabajo historiográfico de cada uno.

Además, hay una advertencia de Pró que merece ser recordada y considerada: el mayor error metodológico y hermenéutico es proyectar el pasado en el presente (cancelación de lo nuevo) o a la inversa (ilusión retrospectiva) (cf. 1973: 141). Dos formas de “a-cronismo” contrapuestas pero análogas. Ambas ponen en riesgo la comprensión de la historicidad, comprensión pregonada por Gadamer como imprescindible en el trabajo de investigación del pasado. Porque en ambos casos se olvidan las diferencias en la emergencia de las ideas y teorías filosóficas, y en definitiva se disuelve el pasado, sea porque resulta idéntico al presente, o porque en el presente no se logra ver nada distinto del pasado. La dialéctica pasado-presente, así como la fusión horizontal gadameriana, no puede ser resuelta, forma parte del proceso mismo del devenir y por tanto, integra el ámbito problemático del que la historiografía debe hacerse cargo.

El segundo punto es la periodización y sus criterios, como estrategia expositiva del *continuum* histórico, materia de estudio. A su vez, hay diversas opciones de periodización cuyas fortalezas y debilidades son relativas, dependiendo tanto del material a estudiar, como del objetivo de la investigación y de la hermenéutica histórica aplicada. El método generacional ha sido uno de los empleados en forma recurrente, aunque nunca predominante, en la historiografía argentina e iberoamericana en el siglo pasado, siendo Diego Pró quien se sirvió de este recurso de modo más fundamentado y sistemático. Caído luego en desuso general en historia de las ideas (filosóficas,

científicas, etc.) asistimos ahora a una reformulación determinada por la inclusión de este recurso en trabajos prosopográficos que, a su vez, son hoy revalorados como formas de acceso al material histórico. Considero que la categoría “generación” puede y debe ser adaptada a la materia en estudio, es decir, debe ser pensada como “generación filosófica” (no discuto otras formas de uso del concepto).

Pró transita este camino metodológico en su trabajo “Periodización y caracterización del pensamiento filosófico argentino” (1973), y pasa revista a dos modelos de periodización: el cronológico y el generacional. Se hace cargo de que no existía en ese momento una periodización generacional de la filosofía argentina y se propone ensayar una. Para ello presenta dos propuestas no filosóficas (Petersen y Francisco Ayhala), para luego compararlas con las ideas de Ortega, que piensa el concepto desde la filosofía. Creo, por mi parte, que la propuesta de Ortega, que en cierto modo Pró hace suya, podría ser hoy perfectamente aplicable con algunas modificaciones que he expuesto en otro trabajo. La aplicación de una nueva propuesta generacional a la historia filosófica está por hacerse. Es importante hacerlo y evaluar el resultado. Sería una natural continuación de la idea pensada y aplicada por Pró.

El tercer punto que me interesa destacar es el análisis de la cosmovisión del historiado como criterio hermenéutico. Pró insiste reiteradamente en hablar de “historia de las ideas” (comprendiendo en ellas, claro está, las filosóficas) considerándolas acontecimientos históricos (1973: 34) ya que la actividad del pensar se realiza en contacto con las cosas y los seres del mundo. Por lo tanto, todo pensador se encuentra natural y esencialmente situado y “La situación histórica de un momento determinado está representada por el estado de cosas y de los asuntos humanos, políticos, económicos, jurídicos, científicos, sociales, morales, técnicos, culturales” (ibíd., 35). Este complejo “estado de cosas” constituye lo que Pró llama **magma**, algo con lo que debe contar la vida humana para sus realizaciones. Ninguna realización se concibe fuera de este entorno, formado por los sucesos, las obras, la cultura, el espíritu y las ideas. Según Pró, “El nacimiento histórico de las ideas, cualquiera sea su índole, está sometido a las mismas exigencias de los sucesos y acontecimientos históricos” (ibíd.). Es decir, deben cumplir determinadas condiciones. La primera, que hayan sido posibles dentro del contexto, por ejemplo la teoría de Newton no hubiera podido formularse mil años antes. Lo mismo sucede con las ideas filosóficas.

Cuando -como sucede en la historiografía filosófica- esa realidad es la manifestación de un pensamiento (casi siempre en un texto), es claro que se produce una conjunción entre lo que “dice” este texto a la mirada interpretativa y lo que en ese texto está supuesto, como magma, como su situacionalidad, como aquella conjunción de elementos que ayudan a otorgarle su sentido completo. Es decir, el magma de Pró permite inferir el sentido de un hecho, así como el sentido de un texto puede inferirse de otros textos y testimonios. Los testimonios humanos se constituyen entonces como partes de ese magma, y habilitan el recurso de despertar la memoria a través de procedimientos estandarizados en la historiografía general, como los de la historia oral. Considero que el intento de establecer, por todos los medios que resulten adecuados, la cosmovisión del historiado como elemento esencial de su situacionalidad, establece una relación (a modo de círculo hermenéutico virtuoso) entre el historiador y los textos filosóficos del historiado, orientando en forma bidireccional la labor hermenéutica: el historiador va desde el presente del texto que estudia al pasado del pensador (una “fusión horizontal” en sentido gadameriano) pero a la vez ese pasado, en tanto memoria conservada en otros soportes, interpela al presente del hermeneuta para que fije del modo más exacto posible lo que ha comprendido.

*

Para terminar, quisiera señalar algunas cosas más personales y si, se quiere, un tanto paradójicas, algo como una *retractatio* o una palinodia.

En prime lugar, mi contacto con el Dr. Pró fue en su mayor parte a la distancia, epistolar y a veces telefónico. Lamentablemente pertenezco a una generación que ya no tenía el hábito de conservar las cartas, no llegué a formar parte de la cultura epistolar. Sin embargo, como historiadora ando a la caza de estas fuentes alternativas. Yo, que debería haber guardado, ahora busco. Y si hubiera guardado, ahora tendría.

En segundo lugar, las necesidades circunstanciales de hacernos cargo de las nuevas direcciones del pensamiento (léase sobre todo filosofía de la liberación, postmodernidad, pensamiento crítico) me fue alejando de algunas ideas de Pró que hubieran sido útiles. Menciono apenas una: “magma”. Han tenido que pasar varias décadas para descubrir, hace relativamente poco, que el *Sitz im Leben* que me enseñaron en hermenéutica bíblica (algo que Gadamer ha recobrado con éxito) no sólo es aplicable como “filosofía situada” a toda la historia de la filosofía, sino la necesidad de situar al filósofo en su tiempo, en su contexto, en su situación en suma, viene a ser lo que Pró llamaba “magma” con una espléndida metáfora. Se me ocurrió la idea de volver a usarla, pero bueno, ahora ya no tendría el mismo valor.

Y en tercer lugar, abandoné rápidamente, conforme a las nuevas directivas de la historiografía, la periodización generacional que Pró tanto había defendido. Y la vine a re-encontrar hace pocos años, en el *dernier cri* de la historiografía, en las “historias de vida” y en las novísimas orientaciones de la prosopografía. Hoy la “generación” es tan importante como el “magma” y por las mismas razones. Aunque no se cuente por años sino por entornos de amigos, colegas, familiares, etc. Quién puede dudar que la generación española del 98 es precisamente eso, una generación literaria y cultural en el más puro sentido. Bien, estamos revisitando este concepto. Y preguntándonos en qué “generación” (en estos nuevos sentidos) lo pondríamos. Creo que, de haberlo visto, se sonreiría con cierta ironía a la que su mente lúcida no era ajena, aunque no fuera habitual (no era un cínico, aclaro).

De los maestros siempre queda algo, suele decirse. Hoy diría algo más: no importa cuánto quede, en un momento dado, siempre se vuelve: están ahí, tranquilos y macizos, como un antiguo templo de piedra, resistiendo las inclemencias del tiempo, de ese tiempo que nos lleva a refugiarnos en él y cuya presencia nunca terminaremos de agradecer.